



Un león de la estirpe de los Maceo y Grajales

■ MARTA ROJAS

EL 11 DE OCTUBRE de 1868, un día después del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua, José Maceo Grajales se inicia en las luchas por la independencia de Cuba y libra su primer combate en Ti Arriba. El joven José tenía 19 años de edad y había nacido el 2 de febrero de 1849.

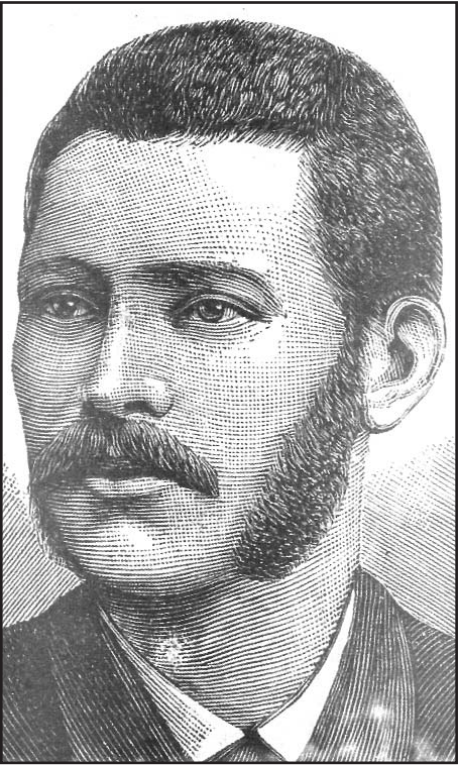
La Editorial Abril acaba de reeditar luego de 35 años, la obra biográfica **El General José Maceo, el León de Oriente**, de Abelardo Padrón Valdés. Es de suponer que las organizaciones juveniles y estudiantiles y la Asociación Hermanos Saíz lo difundan a partir de ahora pues la editora del volumen, Lourdes Escalona Mariño, se lamentaba públicamente en el reciente Sábado del Libro de que en el acto que colmó de público los portales de la biblioteca Rubén Martínez Villena, para sorpresa de todos, apenas había unos pocos jóvenes. El autor elogió el denuedo con que Niurka Duménigo, directora de Abril, aplicó al colectivo para lograr la impresión.

Volviendo a algunos datos cronológicos que inician la obra, sorprenden otros hechos extraordinarios de José —solo cuatro años menor que Antonio—. Al mes siguiente del alzamiento, pelea en Ventas de Casanova y después en el colosal combate de El Cobre; al mes siguiente recibe la primera herida en el campo de batalla. Muy pronto es ascendido a cabo y el Conde de Balmaceda dicta una condena de muerte para José Maceo, cuando el joven mambí acaba de cumplir 20 años de edad. No habían transcurrido tres años desde el inicio de la guerra cuando fue ascendido a capitán y participa muy pronto en otro combate, junto a Antonio, frente a 4 000 hombres.

No cesan las acciones bélicas y aumentan las heridas en su cuerpo. Ya es comandante a los 26 años. En Mangos de Vigía, el 7 de agosto de 1877 le salva la vida al Titán de Bronce, el propio Antonio Maceo lo reconoce. Dice: “Vivo por mi hermano José (...)”.

La guerra prosigue. Una década entera. El general Antonio protesta en Baraguá, pero José será confinado a los presidios de Chafarinas y después a Ceuta. De Chafarinas dirá: “Pasamos al barracón (...) 96 pasos de largo por veinte de ancho, los medí infinidad de veces en mis paseos interiores. Allí en aquel cajón, con piso de tierra muerta, no halla el curioso nada que admirar”. Pronto lo acompaña su hermano Rafael. En Ceuta, “el agua de mar se filtra por el pavimento y cuando el tiempo está algo tempestuoso, las olas avanzan hasta los cimientos”.

Pero José se escapa de la cárcel con varios cubanos más, entre ellos



dos mujeres y llega al Peñón de Gibraltar. Libra una guerra epistolar denunciando las arbitrariedades inglesas. Una verdadera guerra diplomática, según el historiador tan intensa que Marx y Engels se refieren a ella en carta que se cruzan. El tema llega al Parlamento inglés. El gobernador de Gibraltar es destituido. España presionada permite la fuga de José. Viaja a Argelia y las autoridades francesas le facilitan el regreso a América, vía París, Nueva York y Kingston....

No les cuento el libro. La obra, escrita con economía de palabras, tiene unas 200 páginas y un pliego gráfico. Solo adelanto una anécdota acaecida en 1893, durante la estancia de nuestro héroe en Costa Rica, donde también se halla Antonio. Martí visita ese país y José se pone a su disposición. Tiene 44 años, es viudo y apuesto, se enamora de una mujer blanca y se casa. Ella quiere una foto de la boda, van al estudio juntos y el fotógrafo se niega a retratar a una pareja “dispareja”, ¿cómo va a fotografiar a un negro y una blanca que dicen son esposos? José le responde indignado, “instantáneamente, sin un segundo de dilación, en la forma expedita que él tenía de resolver las cuestiones de honor, estampó tan soberbia bofetada al fotógrafo que cayó rodando por el suelo. Las piezas dentarias en número de tres quedaron fuera de su lugar (...). Así era José Maceo”.

El mismo que, según anotaciones de Fermín Valdés Domínguez, dijo cuando se enroló en la guerra del 95: “Solo Martí pudo sacarme de mi nido de amores, solo él que me obligó con su patriotismo y me sedujo con su palabra”.

Libro hermoso y profundo. De su lectura se desprende, además, la vida de una sociedad y el amor filial y y la estirpe patriótica de los Maceo, partiendo del tronco firme de Marcos y Mariana.

Juan Charrasqueado

■ ROLANDO PÉREZ BETANCOURT

MÁS DE MEDIO siglo después vuelvo a escuchar de manera íntegra el corrido mexicano Juan Charrasqueado, renovado en la voz de Alejandro Fernández, y debajo de mis pies se abre la trampa del tiempo.

Juan era borracho, parrandero y jugador y, tan enamorado, que “a las mujeres más bonitas se llevaba”. Cuando vinieron a pedirle cuentas, quizá por el deshoje de una de aquellas flores con trenzas y dulce mirada, Juan estaba en la cantina, los ojos nublados por el tequila y apenas sin poder dar un paso. Poco antes, unos amigos le habían avisado que lo matarían pero, como dice el corrido: *No tuvo tiempo de montar en su caballo / Pistola en mano se le echaron de a montón / Estoy borracho les gritaba y soy buen gallo/ Cuando una bala atravesó su corazón*.

Nadie puede asegurar que Juan Charrasqueado existiera y lo más probable es que el corrido estuviera inspirado en uno de esos hechos reales que corren de boca en boca y terminan convertidos en leyenda.

Oyendo a los cantantes que interpretaban la tragedia, allá en los años cincuenta, entre ellos Jorge Negrete, a los muchachos se nos inflamaba el corazón. Y llegada la hora de cantar, era la apoteosis emotiva tratando de alcanzar



inútilmente las alturas del tenor mexicano, mientras nos golpeábamos el pecho con los puños, como diciendo “vengan balas...”, que aquí hay un macho”.

Identificación absoluta con el romántico charrasqueado, aunque en aquel entonces nadie pudo explicarnos, o quizá ni lo preguntamos, que la extraña palabrita, a continuación de su nombre, venía de charrasca, una de esas navajas con muelle, impresionantes, causante de la cicatriz en el pómulos del héroe, algo que se pudo advertir a mediado de los cincuenta, cuando corrimos en tropel al cine del barrio a ver **Juan Charrasqueado**, el filme realizado en 1948 con Pedro Armendáriz y Miroslava en los papeles principales.

El personaje sirvió de inspiración para otras muchas cin-

tas, entre ellas **Yo maté a Juan Charrasqueado**, que nos negamos a ver, y hasta boicoteamos en propaganda de escuela, porque ya teníamos bastante con sufrir la muerte del héroe cada vez que oíamos la canción, como para pagar veinte centavos en la matiné por conocerle la cara al traidor que le dispara por la espalda.

Muchos son los corridos que enriquecieron la cultura mexicana al narrar de manera popular sucesos heroicos o galantes de los tiempos de la Revolución, pero casi me atrevo a asegurar que tanto en ese país como en América Latina ningún

otro —gracias a la efectiva, o mágica combinación de letra y música de Juan Charrasqueado— ha sido capaz de despertar tantas emociones, todavía al paso del tiempo.

Lo comprobé al volver a escuchar la versión del corrido que hace Alejandro Fernández.

Y ello no obstante estar vencido, a esta altura de la vida, que las borracheras minan la salud, que el juego es un vicio condenable con el peligro, además, de dañar el sistema nervioso, que las parrandas repetidas terminan siendo un aburrimiento, que es una locura enfrentarse a tiros con una cuadrilla de vengadores (como lo hizo Juan) y, por supuesto, que hay maneras más románticas de ser apasionadamente feliz con una mujer, que raptándola en el lomo de un caballo bajo una luna llena.



Lozanía de la Tumba Francesa

■ Yaimara Villaverde Marcé

GUANTÁNAMO.—La Tumba Francesa Santa Catalina de Ricci revive su esplendor por estos días como parte de la celebración en esta ciudad de la Jornada por el Día de la Cultura Cubana.

Días atrás tuvo lugar un encuentro entre las agrupaciones de igual carácter que perviven en el oriente del país: La Caridad de Oriente, de Santiago de Cuba; Bejuco, de Sagua de Tánamo, Holguín; y la Santa Catalina, denominada así en honor a la patrona de la Villa del Guaso.

Los anfitriones mostraron la manera en que conservan los rasgos fundamentales del ritual escénico-musical, a través de la transmisión de una a otra generación.

Estas reliquias del folclor insular figuran entre los máximos exponentes del proceso de transculturación, derivado del flujo migratorio de colonos franceses y sus dotaciones de esclavos, tras estallar la Revolución de Haití a finales del siglo XVIII.

Tumba, es una voz conga que significa fiesta ruidosa de tambores, y en sus orígenes era celebrada por negros y mulatos haitianos,



quienes imitaban los bailes de corte de sus amos galos, pero al toque de instrumentos africanos.

Por tal razón esas sociedades, declaradas por la UNESCO como Obras Maestras Cubanas del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, incluyen en su repertorio danzario géneros como la polka y el minué, de esencia europea; y el yubá, front o frenté, expresiones africanas.

Numerosos investigadores sostienen que en esta manifestación se encuentran las raíces del Changüí, una de las células primarias del son, nacida en la región más oriental de la Isla. **(AIN)**